

La fuente de la virtud

Ocurrió que, una vez finalizada una de las festividades celebrada en un pequeño poblado en la ciudad de Epidauro, dos chicos, casi hombres y hermanos por vínculo sanguíneo, decidieron saciar su curiosidad e internarse en el bosque allí cercano. Una de las leyendas, la más nombrada y menos creíble, decía que en el corazón mismo del bosque se encontraba una fuente que perpetuaba la juventud a quien bebiera de sus aguas. Nadie sabía o decía saber el origen de ese mito que ya no causaba deseos de búsqueda. Leoponte y Cátranos eran los nombres de estos curiosos y jóvenes hermanos que tras recibir consejos de supervivencia de sus padres, se volcaron a hacerle frente a su odisea. Puesto que, algunos amigos habían tomado la decisión de acompañarlos para conocer un poco más el bosque.

La tarde estaba entrando en su etapa final de iluminación, cuando dos de los cuatro amigos que acompañaron a los atrevidos curiosos, se quedaron contemplando un lago. Al parecer un lago más. Sólo al parecer, puesto que sus aguas dejaron traslucir que en el fondo, en la parte menos profunda, había una pequeña fuente sin adornos o relieves que simbolizan batallas o dioses castigando a los humanos. La curiosidad llevó a Leoponte y Cátranos a saber el origen de la ubicación de la fuente. ¿Por qué estaba allí?, ¿quién la había dejado hundida en el lago?. Entre estas cavilaciones y una cortina de oscuridad que estaba ganando el cielo, los cuatro jóvenes decidieron volver con sus familias. Sólo quedaron los hermanos que, con una actitud decidida, prefirieron develar el misterio de la fuente.

La noche ya en su totalidad y lejos de asustarlos, los incentivó para seguir. Desde un sector del lago, que serpenteaba hacia una parte más oculta, apareció en forma muy silenciosa y sin aires de hostilidad, una joven y hermosa ninfa que, al ver a los jóvenes hermanos, se les acercó muy sigilosa y pacíficamente. La ninfa, llamada Ferusa, supo decirles que esa fuente, así como decía la leyenda, emanaba de sus aguas la juventud eterna como castigo. Ferusa, con paciencia, les contó a los hermanos que una vez, en algún momento perdido en las crónicas crepusculares de los días y las noches, un semidiós disgustado por el rechazo de una mortal, había dejado en ese mismo lugar donde está ahora, una fuente. La misma daba la juventud a quien bebiera de allí. Solo que con el pasar de los años y los siglos y algunos movimientos telúricos, fue quedando en pozo que luego de las lluvias acontecidas, se llenó de agua hasta transformarse en el lago que puede verse. Así muchos hombres y mujeres bebieron y tras siglos de sufrir por ver la muerte de amigos y familiares decidieron pactar, llevados por la desesperación, con Hades y otros con el mismo barquero rogándoles para que se lleven sus almas. Sólo quedó una persona.. la cual algunos dicen que es Hefesto que estaría encerrado en una casa en las profundidades del bosque.

La aventura parecía comenzar para los hermanos, quienes le pidieron a Ferusa que los lleve a la casa de Hefesto. Al acercarse a la casa del hijo de Zeus, empezaron a sentir un calor extremo, tanto que no pudieron entrar a la casa, por lo que el dios herrero, salió a su encuentro. Hefesto les contó, con mucha paciencia y sin ahorrarse detalles, puesto que durante años no habló con nadie, como dos de sus hermanos; Hebe y Enio lo encerraron ahí por querer vengarse de su madre cuando esta lo arrojó del Monte Olimpo. Leoponte y Cátranos, sorprendidos y horrorizados, siguieron escuchando como Hefesto les contaba que gracias a un maleficio de sus hermanos él no podía abandonar la casa. Pero que también ese maleficio se desvanecía en algún momento, en una fecha puntual que no le

habían dicho. Sólo le quedaba esperar y que no podía saberlo porque no podía abandonar la casa para hablar con los humanos. Los hermanos aventureros decidieron volver a su hogar y también encontrar una solución para Hefesto, quien, aun en ese estado de encierro y olvido por parte de su familia, les había parecido que ellos podían ayudarlo.

Al otro día, al parecer otro día de aventuras, los hermanos volvieron a internarse en el bosque bien temprano. El lago seguía mostrando la fuente tan temida y odiada. Ferusa, algo inquieta y un poco ansiosa, reveló su deseo de sacar la fuente de allí, pues así, utilizando la fuerza de los hermanos, podría lograrlo. Hefesto, del otro lado del lago, comenzó a acercarse a los jóvenes en forma muy cauta y sin despertar la ira de sus hermanos carceleros. Quienes parecían estar observando todo el tiempo.

Después de varios intentos, Leoponte, quien gozaba de una admirable fuerza e imaginación para usarla, logró sacar la fuente del lago. Así, entre decisiones que no se tomaron bien, forcejeos con la fuente, sumado al peso de la misma y cierto nerviosismo por despertar la furia de Hebe y Enio, la fuente cayó y se rompió. La misma estaba mal apoyada en un árbol y entre intentos de descubrir algún mensaje oculto, el peso y las malas maniobras se complotaron para terminar en el quiebre de la misma. Ferusa, asustada fue a contarle a Hefesto para que se proteja de la ira de sus hermanos. Leoponte y Cátranos intentaron armarla nuevamente pero fue imposible. La fuente estaba destruida. Así, solos y sin saber qué hacer, decidieron irse a su hogar pues sabían que los dioses se enfurecieron.

Solo unas horas después, sin nadie cerca, ni humanos, ni ninfas o incluso animales salvajes, Hebe y Enio descendieron del Olimpo y revisaron la fuente. Al contemplar la destrucción de la misma en toda su dimensión, se miraron entre ellos, observaron la vegetación que los rodeaba y al poco tiempo comenzaron a sentir un calor inusual, un calor fuerte que por momentos les interrumpió la respiración. Supieron que esa alta temperatura sólo podía provenir de un único lugar. Así, comenzaron a caminar en dirección a la casa donde estaba encerrado Hefesto. El bosque, de a poco y envuelto en un temible silencio, se los empezó a tragar. A lo lejos, quienes hayan tenido la suerte y la valentía de haber estado en el lugar, hubiesen podido ver enérgicos destellos de iluminación y sonidos tan fuertes y terribles como la caída a la tierra de un rayo en alguna noche tormentosa y espeluznante. La fuente; rota, mohosa, en desgracia y sin sus poderes, dejó ver en la base una fecha, una inscripción algo desdibujada que apenas se podía entender. Nadie pudo verla, ni Hebe, ni Enio, ni el mismo Hefesto. Aunque más tarde y tras la épica pelea con sus hermanos.. pudo comprobar que su hogar ya no era una prisión.

2022

